

Capítulo IV

Ante el Trono de Dios

VERS. 1: Después de estas cosas miré, y he aquí una puerta abierta en el cielo: y la primera voz que oí, era como de trompeta que hablaba e, y he aquí una puerta abierta en el cielo: y la primera voz que oí, era como de trompeta que hablaba conmigo, diciendo: Sube acá, y yo te mostraré las cosas que han de ser después de éstas.

EN LOS primeros tres capítulos, Juan expuso la visión que tuvo del Hijo del hombre. Describió su persona majestuosa, y anotó las palabras que pronunció con voz como ruido de muchas aguas. Ahora se abren delante de nosotros una nueva escena y una nueva visión. La expresión "después de estas cosas" no significa que lo registrado en Apocalipsis 4 y los capítulos siguientes se haya de realizar después que se haya *cumplido* todo lo que está registrado en los tres capítulos anteriores. Significa tan sólo que después que el profeta hubo visto y oído lo que ya registró, tuvo la nueva visión que ahora introduce.

"Una puerta abierta en el cielo."--Aquí se nos habla de una puerta abierta en el cielo, no una puerta que diera acceso al cielo. La traducción castellana es fiel al original: "He aquí, una puerta abierta en el cielo." No es como si el cielo se abriera delante de Juan, como en el caso de Esteban (Hechos 7:26), sino que algún lugar situado en el ciclo fué abierto delante de él, y se le permitió contemplar lo que sucedía en el interior. Otras partes del libro demostrarán claramente que el santuario celestial fué lo que Juan vió abierto.

"Las cosas que han de ser después."--Compárese esto con Apocalipsis 1:1. El gran objeto de la Revelación parece consistir en presentar los sucesos futuros en forma capaz de informar, edificar y consolar a la iglesia.

VERS. 2-5: Y luego yo fuí en Espíritu: y he aquí, un trono que estaba puesto en el cielo, y sobre el trono estaba uno sentado. Y el que estaba sentado, era al parecer semejante a una piedra de jaspe y de sardio: y un arco celeste había alrededor del trono, semejante en el aspecto a la esmeralda. Y alrededor del trono había veinticuatro sillas: y vi sobre las sillas veinticuatro ancianos sentados, vestidos de ropas blancas; y tenían sobre sus cabezas coronas de oro. Y del trono salían relámpagos y truenos y voces: y siete lámparas de fuego estaban ardiendo delante del trono, las cuales son los siete Espíritus de Dios.

En el Espíritu.--Ya hemos encontrado una vez en este libro la expresión: "Fuí en Espíritu en el día del Señor." (Apocalipsis 1:10.) Y vimos que ella significaba que Juan tuvo una visión en sábado, verdadero día del Señor. Si allí expresaba el hecho de estar en visión, ha de denotar lo mismo aquí. Por consiguiente, la primera visión terminó con el capítulo 3 y aquí se introduce una nueva. No se opone a esta opinión la observación de que antes de esto, como lo vemos en el primer versículo de este capítulo, Juan se hallaba en tal condición espiritual que pudo mirar y ver una puerta abierta en el cielo y oír una voz como poderoso sonido de trompeta que le llamaba a ver más de cerca las cosas celestiales. Esteban también, lleno del Espíritu Santo, miró hacia arriba y vió los cielos abiertos, y al Hijo del hombre a la diestra de Dios. Estar

en el Espíritu denota una exaltada condición de elevación espiritual. No se nos da información acerca del día en que fué dada la visión.

Nuevamente arrebatado en visión celestial, Juan contempló primero un trono puesto en el cielo, y al Ser Divino sentado en él. La descripción del aspecto que ofrece este personaje, con sus vestiduras de diversos colores, sugiere en seguida al espíritu un monarca ataviado con sus vestiduras reales. En derredor del trono había un arco celeste o arco iris, que añadía majestad a la escena, y nos recuerda que, aunque el que está sentado en el trono es un príncipe omnipotente y absoluto, es sin embargo un Dios que cumple su pacto.

Los veinticuatro ancianos.--¿Quiénes son estos seres que rodean el trono de gloria? Se observará que llevan vestiduras blancas y tienen en la cabeza coronas de oro, insignias de un conflicto terminado y una victoria ganada. De ello concluimos que participaron una vez en la guerra cristiana, y anduvieron en la senda terrenal con todos los santos; pero fueron vencedores y, en anticipación a la gran multitud de los redimidos, llevan sus coronas de vencedores en el mundo celestial. A la verdad nos lo dicen claramente en el canto de loor que tributan al Cordero: "Y cantaban un nuevo cántico, diciendo: Digno eres de tomar el libro, y de abrir sus sellos; porque tú fuiste inmolado, y nos has redimido para Dios con tu sangre, de todo linaje y lengua y pueblo y nación." (Apocalipsis 5:9.) Cantan este himno antes que se produzca ninguno de los sucesos mencionados en la profecía de los siete sellos; pues lo cantan con objeto de ensalzar al Cordero porque es digno de tomar el libro y abrir los sellos precisamente por lo que ha realizado ya: la redención de ellos. No es algo intercalado aquí por anticipado, como algo que se aplicara a lo futuro, sino que expresa un hecho absoluto y concluído en la historia de los que lo cantan. Son, pues, una clase de personas redimidas de esta tierra, como todos los demás deben ser redimidos: por la sangre preciosa de Cristo.

¿Leemos en algún otro lugar algo relativo a una clase tal de redimidos? Creemos que Pablo se refiere a esta misma compañía cuando escribe así a los efesios: "Por lo cual dice: Subiendo a lo alto, llevó cautiva la cautividad, y dió dones a los hombres." El original dice: "Llevó una multitud de cautivos." (Efesios 4:8.) Si nos remontamos a los sucesos ocurridos en relación con la crucifixión y la resurrección de Cristo, leemos: "Abriéronse los sepulcros, y muchos cuerpos de santos que habían dormido, se levantaron; y salidos de los sepulcros, después de su resurrección, vinieron a la santa ciudad, y aparecieron a muchos." (Mateo 27:52, 53.) La página sagrada da, pues, una respuesta directa a nuestra pregunta. Estos son algunos de aquellos que salieron de sus tumbas cuando resucitó Cristo, y fueron contados entre la ilustre multitud que Jesús sacó de la cautividad del sombrío dominio de la Muerte cuando ascendió en triunfo al cielo. Mateo habla de su resurrección, Pablo de su ascensión, y Juan los contempla en el cielo, ejecutando los deberes sagrados para cuyo cumplimiento fueron resucitados.

No somos los únicos en creer tal cosa. Juan Wesley habló como sigue de los veinticuatro ancianos: " 'Vestidos de ropas blancas.'

Esto y sus coronas de oro demuestran que ya acabaron su carrera y asumieron su puesto entre los ciudadanos del cielo. No se los llama almas, y por lo tanto

es probable que ya tienen cuerpos glorificados. Compárese con Mateo 27:52."[\[1\]](#)

Debe prestarse atención particular al hecho de que se dice que los 24 ancianos están sentados en tronos. Nuestra traducción dice "sillas;" pero el griego es *thronoi*, tronos, la misma palabra que se usa tres veces en los vers. 2 y 3, y una vez en el vers. 4, que precede inmediatamente a éste. La Versión Moderna traduce: "Y en torno del trono había veinte y cuatro tronos, y sobre los tronos vi sentados veinte y cuatro ancianos." Por consiguiente, este pasaje ilumina la expresión hallada en Daniel 7:9: "Estuve mirando hasta que fueron puestas sillas" ("tronos," V.M.). Estos son los mismos tronos; y como ya se indicó en los comentarios sobre ese pasaje, no se trata de tronos que son derribados, sino colocados, La figura proviene de la costumbre oriental de colocar esteras o divanes para que se sienten en ellos los huéspedes distinguidos. Estos 24 ancianos (véanse los comentarios sobre Apocalipsis 5) son evidentemente asistentes de Cristo en su obra mediadora en el santuario celestial. Cuando la escena del juicio descrita en Daniel 7:9 se inició en el lugar santísimo, sus tronos fueron puestos allí, de acuerdo con el testimonio de aquel pasaje.

Las siete lámparas de juego.--En estas lámparas de fuego tenemos el antitipo del candelabro de oro del santuario terrenal, con sus siete lámparas que ardían siempre. Este candelabro se hallaba colocado por indicación divina en el primer departamento del santuario celestial. (Exodo 25:31, 32, 37; 26:35; 27:20.) Ahora cuando Juan nos dice que vio una puerta abierta en el cielo, y en el departamento que ella le dejaba ver percibe el antitipo del candelabro de oro del santuario terrenal, tenemos una buena prueba de que está mirando al interior del primer departamento del santuario celestial.

VERS. 6-11: Y delante del trono había como un mar de vidrio semejante al cristal; y en medio del trono, y alrededor del trono, cuatro animales llenos de ojos delante y detrás. Y el primer animal era semejante a un león; y el segundo animal, semejante a un becerro; y el tercer animal tenía la cara como de hombre; y el cuarto animal, semejante a un águila volando. Y los cuatro animales tenían cada uno por sí seis alas alrededor, y de dentro estaban llenos de ojos; y no tenían reposo día ni noche, diciendo: Santo, santo, santo el Señor Dios Todopoderoso, que era, y que es, y que ha de venir. Y cuando aquellos animales daban gloria y honra y alabanza al que estaba sentado en el trono, al que vive para siempre jamás, los veinticuatro ancianos se postraban delante del que estaba sentado en el trono, y adoraban al que vive para siempre jamás, y echaban sus coronas delante del trono, diciendo: Señor, digno eres de recibir gloria y honra y virtud: porque tú criaste todas las cosas, y por tu voluntad tienen ser y fueron criadas.

El mar de vidrio.--No está compuesto de vidrio, sino que es una ancha expansión que se asemeja al vidrio. Es "cristalina, o transparente," como dice Jaime Strong en su diccionario griego. La idea se expresa aun mejor al compararlo con cristal, que se define como significando "cualquier cosa concreta y traslúcida como el hielo o el vidrio." La posición de este mar es tal que demuestra que no lleva analogía alguna con la cuba o mar del antiguo servicio típico. Puede extenderse debajo del trono y ser su fundamento, y tal vez es el de la ciudad misma. Se lo vuelve a presentar en Apocalipsis 15:2,

como el lugar donde estarán los vencedores, en el gozo arrobador de la victoria final. Allí alabaremos al que nos dió la victoria.

Los cuatro seres vivientes.--Es muy desafortunada la traducción que nos ha dado la expresión "animales" en este versículo. La palabra griega *zoon*, denota apropiadamente "un ser viviente." Bloomfield dice en su comentario: " 'Cuatro seres vivientes' (no *animales*). Así lo rinde Heinr. . . . Creo que todos los comentaristas reconocen el acierto de esta corrección. El vocablo difiere mucho de *theríon*, fiera, que designa las bestias proféticas del capítulo 13 y siguientes (Scholefield). Además, Bulkeley presenta varios ejemplos de *zoon* para denotar, no sólo un ser viviente, sino aun un ser humano, especialmente en Orígenes, quien lo aplica a nuestro Señor Jesús." [2]

Se usan imágenes similares en el primer capítulo de Ezequiel. Las cualidades que parecerían significar los emblemas son la fuerza, la perseverancia, la razón y la celeridad: la fuerza del afecto, la perseverancia en ejecutar los requerimientos del deber, la razón para comprender la voluntad divina y la celeridad para obedecer. Estos seres vivientes están aun más estrechamente relacionados con el trono que los 24 ancianos, pues se los presenta como estando en medio de él y en derredor de él. Como los ancianos, en su canto al Cordero le tributan loor por haberlos redimido de la tierra. Pertenecen, por lo tanto, a la misma compañía, y representan una parte de la gran multitud que, según se la ha descrito ya (véanse las observaciones sobre el vers. 4), fué arrancada al cautiverio de la muerte y conducida al cielo. Acerca del objeto de su redención véanse las observaciones sobre Apocalipsis 5:8.

No tienen reposo.--"¡Oh, feliz inquietud!"--exclama Juan Wesley. El tema de su constante adoración es: "¡Santo, santo, santo el Señor Dios Todopoderoso, que era, y que es, y que ha de venir!" Nunca salió acorde más sublime de labios creados. Lo repiten día y noche, o sea de continuo, pues la expresión se usa tan sólo como adaptación a. nuestra manera de computar el tiempo aquí, porque no puede haber noche donde está el trono de Dios. (Apocalipsis 21:23, 25.)

Nosotros los mortales propendemos a cansarnos de la repetición del simple testimonio que damos acerca de la bondad y la misericordia de Dios. A veces, nos sentimos tentados a no decir nada, porque no podemos decir continuamente algo nuevo. Pero, ¿no podemos aprender una lección provechosa de la conducta seguida por estos seres santos y celestiales, que nunca se cansan de la incesante repetición de estas palabras: "Santo, santo, santo el Señor Dios Todopoderoso," y no permiten que estas palabras envejezcan para ellos, porque en su corazón arde siempre el sentido de su santidad, bondad y amor? La alabanza no se les hace monótona, porque al expresarla obtienen una nueva visión de los atributos del Todopoderoso. Se elevan a una mayor altura de comprensión en su visión de sus perfecciones; el horizonte se expande delante de ellos; sus corazones se dilatan; y las nuevas emociones de la adoración les arrancan una nueva expresión de su santo saludo, que aun a ellos mismos les resulta nuevo: "¡Santo, santo, santo el Señor Dios Todopoderoso!"

Así también puede suceder con nosotros. Aunque repitamos a menudo las mismas palabras acerca de la bondad, la misericordia y el amor de Dios, el

valor de la verdad y los atractivos del mundo venidero, ellas no deben envejecer para nuestros oídos. Durante toda nuestra vida debemos elevarnos a nuevos conceptos de las bendiciones abarcadas por estos temas gloriosos.

"Señor, digno eres de recibir gloria y honra y virtud." ¿Cuán digno es? Nunca podremos comprenderlo hasta que, como los seres santos que se expresan en este lenguaje, seamos transformados y dotados de inmortalidad, para ser presentados "delante de su gloria irrepreensibles." (Judas 24.)

"Criaste todas las cosas."--En las obras de la creación se basan el honor, la gloria y el poder atribuidos a Dios. "Por tu voluntad tienen ser y fueron creados." Dios quiso, y todas las cosas llegaron a existir; y por el mismo poder se conservan y sostienen.

[1] Juan Wesley, "Explanatory Notes Upon the New Testament," pág. 695, comentario sobre Apocalipsis 4:4.

[2] S. T. Bloomfield, "The Greek Testament With English Notes," tomo 2, pág. 574, comentario sobre Apocalipsis 4:6.